

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE ISAÍAS

(2)

El Cristo todo-inclusivo en Sus cuatro etapas según la economía neotestamentaria de Dios

(2)

En la etapa de Su crucifixión (Mensaje 6)

Lectura bíblica: Is. 53:4-10a, 12b

- I. “Ciertamente llevó Él nuestras enfermedades / y cargó nuestros dolores; / ¡pero nosotros lo tuvimos por azotado, / como herido de Dios y afligido! / Mas Él fue herido por nuestras transgresiones, / molido por nuestras iniquidades. / Por darnos la paz, cayó sobre Él el castigo, / y por Sus llagas fuimos sanados” [heb.]—Is. 53:4-5:
 - A. En el anuncio de los profetas y la revelación de Jehová (v. 1), Cristo es revelado como el Redentor crucificado, quien se sacrificó a Sí mismo por nuestras transgresiones (nuestro pecado) para efectuar la redención eterna provista por Jehová (vs. 4-10a; He. 9:12) a fin de que quienes creen en Cristo puedan ser redimidos (perdonados de sus pecados, Hch. 10:43; justificados, 13:39; y reconciliados con Dios, Ro. 5:10), lo cual da por resultado la unión de vida con Cristo en Su resurrección (Is. 53:10b), cuya realidad es el Espíritu vivificante (Jn. 11:25; 1 Co. 15:45; Ro. 8:11).
 - B. Las enfermedades y los dolores, al igual que las transgresiones e iniquidades (Is. 53:5), provienen del pecado; por tanto, ello también requiere la redención de Cristo (Sal. 103:1-3):
 1. Todas las sanidades realizadas en la gente caída son resultado de la redención del Señor; en la cruz Él quitó nuestras dolencias, cargó sobre Sí nuestras enfermedades y realizó una sanidad completa para nosotros—Mt. 8:17.
 2. Sin embargo, en esta era la aplicación de este divino poder sanador sólo es un anticipo para nosotros; en la era venidera lo experimentaremos en plenitud—He. 6:5.

- C. Cristo cargó con nuestras enfermedades en el momento en que fue juzgado por Dios en la cruz, en la hora que Dios puso todas nuestras iniquidades sobre Él—Is. 53:6b; 1 P. 2:24.
- D. El sufrimiento de muerte que Cristo experimentó sanó nuestra muerte, a fin de que nosotros vivamos en Su resurrección—v. 24.
- E. La experiencia que tuvieron los hijos de Israel en Mara es un cuadro, el cual nos muestra que a medida que nosotros experimentamos la cruz de Cristo y llevamos una vida crucificada, la vida de resurrección de Cristo llega a ser nuestro poder sanador y el Señor llega a ser nuestro Sanador—Éx. 15:22-26; 1 P. 2:24; Mt. 8:17; 9:12; Is. 53:4-5; cfr. 61:1:
1. Así como Moisés recibió una visión de aquel árbol y echó el árbol en las aguas amargas, nosotros también necesitamos recibir una visión del Cristo crucificado y resucitado como el árbol de la vida, y aplicarlo a Él a nuestras circunstancias amargas y a nuestro ser amargo—Éx. 15:25-26:
 - a. En 1 Pedro 2:24 se nos da a entender que este árbol, o sea, el madero, representa la cruz de Cristo, o el Cristo crucificado; la cruz es el árbol, y Aquel que murió en el árbol es nuestro Sanador—Éx. 15:25-26; cfr. Gá. 3:13.
 - b. Este árbol también representa al Cristo resucitado porque el árbol fue echado en las aguas amargas de Mara después de que los hijos de Israel habían viajado tres días por el desierto—Éx. 15:22.
 - c. El árbol de la vida mencionado en Apocalipsis 2:7 representa al Cristo crucificado (implícito en el árbol como madero, 1 P. 2:24) y resucitado (implícito en la vida de Dios, Jn. 11:25).
 2. El Cristo crucificado y resucitado es el árbol de la vida, y este árbol es Jehová nuestro Sanador, Aquel que sana la amargura de nuestras circunstancias y la amargura de nuestro ser, convirtiendo esta amargura en las aguas dulces de Su presencia en nuestro interior—Ap. 2:7; Éx. 15:22-26; 1 P. 2:24-25.
- F. Cristo, por medio de Su muerte sanadora y Su resurrección que imparte la vida, llegó a ser el Pastor y Guardián de nuestras almas—vs. 24-25; Is. 53:6; Jn. 21:15-17.

- II. “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, / cada cual se apartó por su camino; / mas Jehová cargó en Él / el pecado de todos nosotros”—Is. 53:6:
- A. Fue cuando Dios juzgó a Jesús en la cruz que Dios cargó en Él el pecado de todos nosotros, haciendo de Jesús, a los ojos de Dios, el único pecador en ese momento—Mt. 27:45-46; Sal. 22:1.
 - B. La muerte de Cristo no era solamente un homicidio (Hch. 7:52), ni tampoco la muerte de un mártir; más bien, fue llevada a cabo por Dios mismo en conformidad con Su ley.
 - C. Por tanto, Cristo murió una muerte vicaria como el Sustituto de los pecadores (1 P. 3:18), una muerte legítima conforme a la ley de Dios, la cual fue reconocida y aprobada por Dios según la ley.
 - D. La carne del cordero pascual, el cual tipifica al Cristo crucificado, debía asarse al fuego y no debía comerse cruda ni cocida en agua—Éx. 12:8-9:
 1. Ser asada al fuego significa que Cristo sufrió bajo el fuego santo del juicio de Dios—Is. 53:4, 10; Sal. 22:14-15; Jn. 19:28.
 2. Comerse cruda significa no creer en la redención de Cristo, sino considerarlo a Él simplemente como un ejemplo de una vida humana digna de ser imitada.
 3. Comerse cocida en agua significa considerar Su muerte en la cruz no como la muerte efectuada por la redención, sino como el sufrimiento de la persecución humana con miras al martirio.
 - E. Así como la carne del cordero pascual debía comerse para recibir el suministro de vida, nosotros también debemos comer a Cristo para recibirle como nuestro suministro de vida—Éx. 12:8-10; Jn. 6:53, 55-57; cfr. Dt. 15:19-20:
 1. A fin de que sea resuelto el problema de la caída del hombre y se lleve a cabo la intención original de Dios, tanto la vida como la redención son necesarias.
 2. La redención jurídica efectuada por Dios mediante la sangre de Cristo es el procedimiento necesario para que se logre la meta de Dios, que consiste en impartir a Cristo como vida en nosotros para nuestra salvación orgánica—Ro. 5:10.

- III. “Angustiado Él, y afligido, / no abrió Su boca; / como un cordero fue llevado al matadero; / como una oveja delante de sus trasquiladores, / enmudeció, no abrió Su boca. / Por medio de violencia y de juicio fue quitado; / y Su generación, ¿quién la contará? / Porque fue arrancado de la tierra de los vivientes, / y por la rebelión de mi pueblo fue herido”—Is. 53:7-8:
- A. En Su muerte vicaria por los pecadores, Cristo fue angustiado, afligido, y como un cordero fue llevado al matadero y como una oveja fue trasquilado delante de sus trasquiladores, sin reaccionar—Hch. 8:32; Mt. 27:12-14.
 - B. Cristo padeció opresión por parte de los hipócritas líderes judíos (26:57, 59, 65-68) y después fue juzgado por los injustos funcionarios romanos (Lc. 23:1-12; Jn. 18:33-38; 19:1-16); por medio de estas dos cosas, Él fue quitado y crucificado.
 - C. Ninguno de la generación de Cristo entendió que Él fue arrancado de la tierra de los vivientes a causa de las transgresiones del pueblo del profeta, los judíos, a quienes les correspondía ser heridos.
- IV. “Se dispuso con los impíos Su sepultura, / mas con los ricos fue en Su muerte. / Aunque nunca hizo maldad / ni hubo engaño en Su boca”—Is. 53:9:
- A. Los que crucificaron a Cristo tenían planeado sepultarlo junto con los dos transgresores que murieron a Su lado, personas perversas (Lc. 23:32-33), pero a la postre Dios en Su soberanía hizo que Cristo fuera sepultado en el sepulcro de un hombre rico (Mt. 27:57-60).
 - B. La palabra hebrea traducida “muerte” en Isaías 53:9 está en plural, *muertes*, lo cual denota “una muerte violenta, cuyo dolor hace que sea como morir una y otra vez” (Keil y Delitzsch).
- V. “Jehová quiso aplastarlo, / sujetándolo a padecimiento. / Cuando Él se entregue como ofrenda por el pecado” [heb.]—v. 10a:
- A. Debido a que Cristo fue aplastado por nuestras iniquidades, Satanás puede ser aplastado bajo nuestros pies (Ro. 16:20), y debido a que fue sujetado a padecimiento, nosotros podemos ser llenos de Su gozo (Jn. 16:20-22).
 - B. Cristo llevó nuestro pecado en su totalidad, al morir en la cruz como la realidad de la ofrenda por el pecado y la ofrenda por la transgresión—1:29; cfr. He. 10:5-10; 1 Jn. 1:7-9; Lv. 4—5.

- C. La sangre preciosa de Cristo derramada para el perdón de nuestros pecados es también la sangre del pacto; debido a la sangre de Jesús, nosotros podemos entrar confiadamente al Lugar Santísimo donde podemos disfrutar a Dios, contemplar Su hermosura y recibir Su infusión—Mt. 26:28; He. 10:19-20; cfr. Lv. 16:11-16; Sal. 27:4.
 - D. Cristo entró en las aguas de la muerte, fue herido por nosotros y por nuestras transgresiones, y segrega Su vida en nuestro ser para hacernos perlas preciosas útiles para la edificación de la expresión eterna de Dios—Is. 53:5; Ap. 21:21; Jn. 19:34.
- VI. “Derramó Su vida hasta la muerte, / y fue contado con los pecadores, / habiendo Él llevado el pecado de muchos / e intercedido [heb.] por los transgresores”—Is. 53:12b:
- A. El hombre, Dios y Cristo tuvieron, todos ellos, parte en la crucifixión de Cristo; el hombre fue quien cometió el homicidio, quien mató a Cristo (Hch. 7:52), pero fue Dios quien llevó a cabo el juicio legal para que Cristo fuese muerto como Sustituto legítimo a fin de que muriese una muerte vicaria por los pecadores (Is. 53:6b, 10a).
 - B. Más aún, Cristo mismo estuvo dispuesto a ser tal ofrenda; Él se entregó a Sí mismo como ofrenda (v. 10b), y derramó Su vida para tal propósito (Jn. 10:17-18; He. 9:14).
 - C. Cuando Cristo fue crucificado en la cruz, Él fue contado con los pecadores e intercedió por los transgresores—Lc. 23:32-34a; cfr. He. 7:25:
 1. Él intercedió por ellos, con respecto a la maldad de los transgresores, el resultado de su ignorancia, una transgresión que Él le pidió a Dios que perdonara.
 2. Esteban oró por sus perseguidores del mismo modo que su Señor, a quien él amó y vivió, había orado por quienes le persiguieron—Hch. 7:60.

MENSAJE SEIS

EL CRISTO TODO-INCLUSIVO EN SUS CUATRO ETAPAS
SEGÚN LA ECONOMÍA NEOTESTAMENTARIA DE DIOS

(2)

EN LA ETAPA DE SU CRUCIFIXIÓN

Oración: Señor, abrimos nuestro corazón de nuevo a Ti. Gracias por Tu hablar durante este tiempo, y ponemos nuestra mirada en Ti para que estés de nuevo con nosotros. Háblanos de nuevo. Fortalécenos a todos en nuestro hombre interior. Nos abrimos a Ti y nos abrimos a Tu palabra. Háblanos de manera completa. Quita nuestros velos en cuanto al asunto maravilloso de Tu crucifixión. Bendícenos, Señor, a medida que nos adentramos juntos en Tu palabra y a medida que nos abrimos a Ti. Amén.

Cuando yo era un joven en las denominaciones, me enseñaron a apreciar la revelación acerca de la crucifixión de Cristo hallada en Isaías 53, pero puedo testificar que este capítulo no me fue verdaderamente abierto hasta que vine al recobro del Señor. También puedo testificar que en días recientes, la luz y la revelación con respecto a Cristo ha sido extraordinaria. Isaías 53 contiene algo más que la revelación acerca de Su crucifixión. Este capítulo comienza con la encarnación y continúa con la crucifixión y resurrección de Cristo, seguido por Su ascensión, todo lo cual constituye la revelación que Dios da al hombre, por lo que vale la pena dedicar tres mensajes completos a este capítulo.

La palabra hallada en Isaías con respecto a Ciro fue hablada al menos ciento cincuenta años antes de que Ciro apareciera en escena. Si bien esto es muy significativo, hay algo aún más grandioso que esto en Isaías 53, ya que este capítulo habla directamente de Cristo. Aproximadamente setecientos años después de que estas cosas fueran escritas, Cristo apareció sobre la tierra. Éste fue un hecho notable dispuesto por Dios. En Isaías solamente un pequeño pasaje nos habla de Ciro, pero con respecto a Cristo, el Hijo del Dios viviente, se revela mucho más.

Isaías habla referente a Cristo de diversas maneras y en muchas formas

para presentar todos los asuntos que Dios desea que descubramos acerca de Su Hijo. Estos descubrimientos están relacionados con Cristo en la economía de Dios. En Su economía divina Dios ha determinado cumplir plenamente Su propósito. Como el Dios Triuno, Él creó los cielos y la tierra. Luego Él entró en el tiempo, al encarnarse en Jesucristo como el propio Hijo de Dios. Como Aquel que se encarnó, Él fue a la cruz y fue crucificado. Después de morir mediante la crucifixión, Él fue sepultado, descendió al Hades y luego fue resucitado. Después de Su resurrección, Él ascendió a los cielos. Sin embargo, aun Su ascensión no marcó el final, pues Él regresó como el Espíritu vivificante. Él llegó a ser el Espíritu vivificante en la resurrección y luego, después de Su ascensión, Él volvió como el Espíritu para ser la vida a todo aquel que cree en Él. Todas estas etapas forman parte de la economía que Dios está llevando a cabo en el universo. Esto es un hecho notable. Ahora es necesario que veamos a fondo la crucifixión. Ésta es una etapa grandiosa en el mover de Dios para lograr y llevar a cabo Su economía divina sobre la tierra.

“CIERTAMENTE LLEVÓ ÉL NUESTRAS ENFERMEDADES
Y CARGÓ NUESTROS DOLORES;
¡PERO NOSOTROS LO TUVIMOS POR AZOTADO,
COMO HERIDO DE DIOS Y AFLIGIDO!
MAS ÉL FUE HERIDO POR NUESTRAS TRANSGRESIONES,
MOLIDO POR NUESTRAS INIQUIDADES.
POR DARNOS LA PAZ,
CAYÓ SOBRE ÉL EL CASTIGO,
Y POR SUS LLAGAS FUIMOS SANADOS” [HEB.]

“Ciertamente llevó Él nuestras enfermedades / y cargó nuestros dolores; / ¡pero nosotros lo tuvimos por azotado, / como herido de Dios y afligido! / Mas Él fue herido por nuestras transgresiones, / molido por nuestras iniquidades. / Por darnos la paz, cayó sobre Él el castigo, / y por Sus llagas fuimos sanados” [heb.] (Is. 53:4-5). Mateo 8:17 cita a Isaías 53:4: “Para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías, cuando dijo: ‘Él mismo tomó nuestras debilidades, y llevó nuestras enfermedades’”. La palabra *enfermedad* en Isaías 53:4 se cambió a *debilidades* en Mateo 8:17, y la palabra *dolores* a *enfermedades*. Con base en esta palabra, podemos decir que Cristo llevó nuestras enfermedades, nuestras debilidades, y cargó nuestros dolores, nuestras dolencias. De hecho, Cristo llevó nuestras enfermedades en el momento que fue juzgado por Dios en la cruz, en la hora cuando Dios puso nuestras iniquidades sobre Él. Isaías 53:4 continúa diciendo: “¡Pero nosotros lo

tuvimos por azotado, / como herido de Dios y afligido!” [heb.]. Pese a que Cristo llevó nuestras enfermedades, nuestras debilidades, y cargó nuestros dolores, nuestras dolencias, Isaías nos dice que lo tuvimos por azotado, como herido de Dios y afligido. Todas las personas abusaron de Cristo. Esto ocurrió durante la preparación para Su crucifixión y durante el proceso mismo de la crucifixión.

Cristo fue azotado. Él fue golpeado y herido. Le pegaron y flagelaron. Fue azotado por los hombres, y fue herido por Dios. El que fuese herido por Dios, empero, no era algo relacionado con la persecución por parte de los hombres. Cuando le azotaban, Él estaba pasando por juicio bajo la mano de los hombres; pero que fuese herido por Dios representa el trato de la mano de Dios. Ser afligido es ser sometido a gran angustia con padecimiento mental o corporal. Esto fue lo que experimentó el Señor Jesús en Su crucifixión en la cual cargó con las iniquidades de todos nosotros. Él también fue herido cuando fue clavado en la cruz. Claro, cuando le golpeaban y azotaban, Él experimentó mucho sufrimiento, pero fue herido principalmente cuando fue clavado en la cruz.

Otros aspectos con relación al hecho de Cristo ser herido incluyen la corona de espinas que le pusieron sobre Su cabeza y el costado que le fue traspasado en la cruz (Jn. 19:2, 34).

Isaías 53:4-5 nos transmite los sentimientos de los padecimientos de Cristo. Él Señor comenzó a sufrir cuando lo arrestaron en Getsemani y lo llevaron ante el sumo sacerdote. Sus sufrimientos continuaron a lo largo de todo el proceso de crucifixión. Aunque sufrió a manos de los hombres, Él fue herido por nuestras transgresiones. La palabra *transgresiones* alude a los pecados, tanto pequeños como grandes. Según el versículo 5, Él no fue solamente herido por nuestras transgresiones, sino que también fue molido por nuestras iniquidades. El versículo 10 nos habla de esta acción de aplastar, diciendo: “Jehová quiso aplastarlo [heb.]”. Esto significa que Él estaba siendo juzgado bajo la poderosa mano de Dios. El hombre nunca podría aplastarlo. Esta acción de aplastar únicamente podía ser realizada por Dios. Cristo fue molido, aplastado, por nuestras iniquidades, nuestras maldades. El versículo 5 continúa diciendo: “Por darnos la paz, cayó sobre Él el castigo, / y por Sus llagas fuimos sanados [heb.]”. El castigo cayó sobre Él a fin de que nosotros pudiésemos entrar en una condición de paz con Dios, y fuimos sanados por Sus llagas, las cuales fueron causadas por la flagelación y por los latigazos que experimentó nuestro Señor.

En el anuncio de los profetas y la revelación de Jehová, Cristo es revelado como el Redentor crucificado, quien se sacrificó a Sí mismo por nuestras transgresiones (nuestro pecado) para efectuar la redención eterna provista por Jehová a fin de que quienes creen en Cristo puedan ser redimidos (perdonados de sus pecados, justificados, y reconciliados con Dios), lo cual da por resultado la unión de vida con Cristo en Su resurrección, cuya realidad es el Espíritu vivificante

En el anuncio de los profetas y la revelación de Jehová (v. 1), Cristo es revelado como el Redentor crucificado, quien se sacrificó a Sí mismo por nuestras transgresiones (nuestro pecado) para efectuar la redención eterna provista por Jehová (vs. 4-10a; He. 9:12) a fin de que quienes creen en Cristo puedan ser redimidos (perdonados de sus pecados, Hch. 10:43; justificados, 13:39; y reconciliados con Dios, Ro. 5:10), lo cual da por resultado la unión de vida con Cristo en Su resurrección (Is. 53:10b), cuya realidad es el Espíritu vivificante (Jn. 11:25; 1 Co. 15:45; Ro. 8:11). Al anuncio de los profetas dado en Isaías 53:1 le sigue la revelación de Jehová. Tanto en el anuncio como en la revelación, Cristo es revelado como el Redentor crucificado. El profeta habló y Jehová reveló que Cristo es el Redentor crucificado, quien se sacrificó a Sí mismo por nuestras transgresiones, nuestro pecado, para efectuar la redención eterna provista por Jehová a fin de que quienes creen en Cristo puedan ser redimidos. La redención involucra poseer algo de nuevo a cierto costo. Originalmente, nosotros éramos la creación y la posesión de Dios, pero Satanás se convirtió en el dueño del hombre por medio de la caída. En consecuencia, nosotros nacimos como posesión de Satanás. A fin de recobrarlos, Cristo tenía que redimirnos, esto es, poseernos de nuevo a cierto costo. El costo que se pagó, el costo de nuestra redención, fue el sufrimiento y la muerte de Cristo en la cruz. La redención de Cristo nos fue aplicada mientras Él sufría y moría en la cruz. Cristo sufrió a lo sumo para poseernos de nuevo.

Mediante la redención de Cristo, recibimos el perdón de nuestros pecados. Ahora nosotros somos posesión de Cristo, y hemos sido justificados. Ser justificados equivale a estar bien con Dios. No sólo fuimos perdonados de nuestros pecados, sino que estamos bien con Dios, y estamos libres de la condenación de Dios. La justificación es la acción en la cual Dios nos aprueba según la norma de Su justicia. Sobre la base del

perdón de nuestros pecados y de que hemos sido justificados, fuimos plenamente reconciliados con Dios. Teníamos necesidad de ser reconciliados con Dios debido a que éramos Sus enemigos. Ahora ya no somos enemigos de Dios; más bien, hemos sido traídos a una unión genuina con Él, lo cual da por resultado una unión de vida con Él en Su resurrección, cuya realidad es el Espíritu vivificante.

**Las enfermedades y los dolores,
al igual que las transgresiones
e iniquidades, provienen del pecado; por tanto,
ello también requiere la redención de Cristo**

Las enfermedades y los dolores, al igual que las transgresiones e iniquidades (Is. 53:5), provienen del pecado; por tanto, ello también requiere la redención de Cristo (Sal. 103:1-3). La redención de Cristo es necesaria por nuestras enfermedades y dolores, debido a que provienen del pecado. Si nunca hubiéramos pecado, nunca nos podríamos enfermar ni tendríamos pesares.

*Todas las sanidades realizadas
en la gente caída son resultado de la redención del Señor;
en la cruz Él quitó nuestras dolencias,
cargó sobre Sí nuestras enfermedades
y realizó una sanidad completa para nosotros*

Todas las sanidades realizadas en la gente caída son resultado de la redención del Señor; en la cruz Él quitó nuestras dolencias, cargó sobre Sí nuestras enfermedades y realizó una sanidad completa para nosotros (Mt. 8:17). Según el contexto de Mateo 8:17, puede parecer que Cristo quitó nuestras dolencias y cargó sobre Sí nuestras enfermedades cuando Él ministraba sobre la tierra, porque en ese tiempo Él sanó a muchos enfermos y echó fuera muchos demonios de las personas a quienes Él servía. Sin embargo, Cristo cargó sobre Sí nuestras enfermedades en el momento en que fue juzgado por Dios, cuando Dios puso sobre Él todas nuestras iniquidades en la cruz. Él llevó nuestras enfermedades y cargó nuestros dolores cuando cargó sobre Sí nuestras maldades, desaciertos, errores, transgresiones, iniquidades y pecados en la cruz. Nosotros experimentamos Su sanidad en el presente, porque todos nuestros pecados, enfermedades, aflicciones e iniquidades fueron quitados cuando el Señor Jesús fue crucificado en la cruz y juzgado por Dios.

*En esta era la aplicación
de este divino poder sanador
sólo es un anticipo para nosotros;
en la era venidera lo experimentaremos en plenitud*

Sin embargo, en esta era la aplicación de este divino poder sanador sólo es un anticipo para nosotros; en la era venidera lo experimentaremos en plenitud (He. 6:5). Debido a la muerte de Cristo en la cruz, nosotros tenemos un anticipo del divino poder sanador de Cristo en la medida en que somos restaurados, renovados y vivificados. En la era venidera, empero, experimentaremos el poder sanador del Dios Triuno en toda su plenitud. Lo que experimentamos hoy es sólo un anticipo de lo que experimentaremos en aquel día.

**Cristo cargó con nuestras enfermedades
en el momento en que fue juzgado por Dios
en la cruz, en la hora que Dios puso
todas nuestras iniquidades sobre Él**

Cristo cargó con nuestras enfermedades en el momento en que fue juzgado por Dios en la cruz, en la hora que Dios puso todas nuestras iniquidades sobre Él (Is. 53:6b; 1 P. 2:24). Él cargó con todas nuestras enfermedades en el momento en que fue juzgado por Dios, y no cuando fue juzgado por el sumo sacerdote, ni por Pilato ni por Herodes. Dios juzgó nuestras enfermedades en la cruz en la hora que el Señor Jesús fue juzgado por Dios. Todas nuestras iniquidades fueron puestas sobre Él en ese momento. En 1 Pedro 2:24a dice: “Quien llevó Él mismo nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero”.

**El sufrimiento de muerte que Cristo
experimentó sanó nuestra muerte,
a fin de que nosotros vivamos en Su Resurrección**

El sufrimiento de muerte que Cristo experimentó sanó nuestra muerte, a fin de que nosotros vivamos en Su resurrección (v. 24). Según 1 Pedro 2:24, Cristo llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero cuando Dios puso todas nuestras iniquidades sobre Él. En Su sufrimiento de muerte, Cristo sanó nuestra muerte a fin de que nosotros viviésemos en Su resurrección. En 1 Pedro 2:24 también se alude a esto mismo cuando nos dice que “vivamos a la justicia”.

**La experiencia que tuvieron los hijos
de Israel en Mara es un cuadro,
el cual nos muestra que a medida
que nosotros experimentamos la cruz de Cristo
y llevamos una vida crucificada, la vida de resurrección
de Cristo llega a ser nuestro poder sanador
y el Señor llega a ser nuestro Sanador**

La experiencia que tuvieron los hijos de Israel en Mara es un cuadro, el cual nos muestra que a medida que nosotros experimentamos la cruz de Cristo y llevamos una vida crucificada, la vida de resurrección de Cristo llega a ser nuestro poder sanador y el Señor llega a ser nuestro Sanador (Éx. 15:22-26; 1 P. 2:24; Mt. 8:17; 9:12; Is. 53:4-5; cfr. 61:1). *Mara* significa “amargura”. Si bien es posible que experimentemos alguna sanidad en virtud de algunos medicamentos, el verdadero poder sanador es la vida de resurrección de Cristo. Al experimentar el poder sanador de la vida de resurrección del Señor, el Señor mismo llega a ser nuestro Sanador.

Cuando los israelitas estaban en Egipto, ellos soportaron un largo periodo de sufrimiento al hallarse bajo una tiranía. En su sufrimiento ellos clamaron al Señor, y el Señor los liberó de Egipto. Después que fueron liberados, cruzaron el mar Rojo y viajaron por el desierto durante tres días, siendo dirigidos directamente por Dios. Aunque no hay constancia acerca de la cantidad de agua que tenían cuando salieron de Egipto, es obvio que estaban sedientos después de haber viajado tres días en el desierto. Tal pareciera que Dios había sacado a los israelitas de Egipto al hacer un glorioso milagro en el mar Rojo, pero no les había provisto de agua en el desierto. Al llegar a Mara, bebieron de las aguas, pero ellas estaban amargas. Como resultado, los hijos de Israel comenzaron a quejarse en gran manera, murmurando en contra de Moisés. Moisés clamó a Dios y Dios le mostró un árbol, el cual Moisés echó en las aguas, y éstas se endulzaron. Esto muestra que cuando se echa la cruz de Cristo en nuestras circunstancias amargas, podemos disfrutar a Cristo como nuestra dulce agua viva, la cual se puede beber.

La sanidad que Cristo nos da mediante Su cruz es Cristo mismo. Cuando nos acontecen sucesos amargos, debemos echar la cruz a nuestra situación amarga. Muchos de nosotros nos hemos encontrado en situaciones que también nos han causado gran amargura y que incluso nos han vuelto personas amargadas. La única manera en que podemos

ser sanados y salvos de nuestra amargura y de nuestras circunstancias amargas es al echar a Cristo y Su cruz en nuestra situación. Cuando Él tiene acceso a nuestra situación, cuando le disfrutamos y cuando tenemos contacto con Él de manera viviente, nuestra amargura se vuelve dulce. Mientras más bebemos del agua viva, el agua dulce del Cristo resucitado, más vivientes somos y más nos separamos de nuestras situaciones amargas y de nuestro yo amargo. Esto no significa necesariamente que nuestras circunstancias cambian, sino que nosotros habremos cambiado debido a que hemos aplicado la cruz con Cristo a nuestra situación. Muchas de nuestras circunstancias pueden volverse una fuente de grandes amarguras. Si quedamos atrapados en dichas circunstancias, nuestro gozo en el Señor podría ser consumido por nuestra amargura.

Es necesario que el Señor nos lleve a experimentar la cruz que pone fin a toda nuestra amargura. Si nos volvemos personas amargadas, tenemos que ser llenos de la dulzura del Señor al echar Su cruz en nuestra situación. Después de que los hijos de Israel salieron de Mara, recorrieron una pequeña distancia y llegaron a Elim, donde había doce manantiales de agua y setenta palmeras. El número siete denota compleción y perfección, y diez denota plenitud. Setenta equivale a un lugar lleno de las victorias de la vida. Si experimentamos la cruz de Cristo, tendremos acceso a las victorias de la vida en plenitud.

*Así como Moisés recibió una visión de aquel árbol y echó el árbol
en las aguas amargas, nosotros también necesitamos recibir
una visión del Cristo crucificado y resucitado como el árbol
de la vida, y aplicarlo a Él a nuestras circunstancias amargas
y a nuestro ser amargo*

*En 1 Pedro 2:24 se nos da a entender que este árbol, o sea,
el madero, representa la cruz de Cristo, o el Cristo crucificado;
la cruz es el árbol, y Aquel que murió en el árbol es nuestro Sanador*

Así como Moisés recibió una visión de aquel árbol y echó el árbol en las aguas amargas, nosotros también necesitamos recibir una visión del Cristo crucificado y resucitado como el árbol de la vida, y aplicarlo a Él a nuestras circunstancias amargas y a nuestro ser amargo (Éx. 15:25-26). En 1 Pedro 2:24 se nos da a entender que este árbol, o sea, el madero, representa la cruz de Cristo, o el Cristo crucificado; la cruz es el árbol, y Aquel que murió en el árbol es nuestro Sanador (Éx. 15:25-26; cfr. Gá. 3:13).

*Este árbol también representa al Cristo resucitado
porque el árbol fue echado en las aguas amargas de Mara
después de que los hijos de Israel
habían viajado tres días por el desierto*

Este árbol también representa al Cristo resucitado porque el árbol fue echado en las aguas amargas de Mara después de que los hijos de Israel habían viajado tres días por el desierto (Éx. 15:22).

*El árbol de la vida mencionado en Apocalipsis 2:7 representa
al Cristo crucificado (implícito en el árbol como madero)
y resucitado (implícito en la vida de Dios)*

El árbol de la vida mencionado en Apocalipsis 2:7 representa al Cristo crucificado (implícito en el árbol como madero, 1 P. 2:24) y resucitado (implícito en la vida de Dios, Jn. 11:25). En Juan 11:25 Jesús dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá”.

*El Cristo crucificado y resucitado
es el árbol de la vida, y este árbol es Jehová nuestro Sanador,
Aquel que sana la amargura de nuestras circunstancias
y la amargura de nuestro ser,
convirtiendo esta amargura en las aguas dulces
de Su presencia en nuestro interior*

El Cristo crucificado y resucitado es el árbol de la vida, y este árbol es Jehová nuestro Sanador, Aquel que sana la amargura de nuestras circunstancias y la amargura de nuestro ser, convirtiendo esta amargura en las aguas dulces de Su presencia en nuestro interior (Ap. 2:7; Éx. 15:22-26; 1 P. 2:24-25).

**Cristo, por medio de Su muerte sanadora
y Su resurrección que imparte la vida,
llegó a ser el Pastor y Guardián de nuestras almas**

Cristo, por medio de Su muerte sanadora y Su resurrección que imparte la vida, llegó a ser el Pastor y Guardián de nuestras almas (vs. 24-25; Is. 53:6; Jn. 21:15-17). Cristo fue nuestro Redentor en Su muerte en el madero (1 P. 2:24). Ahora, Él es el Pastor y Guardián de nuestras almas en la vida de resurrección que está en nosotros. Es sólo cuando disfrutamos a Cristo en Su muerte sanadora y en Su resurrección que imparte vida, que el Señor puede llegar a ser el Pastor y Guardián

de nuestras almas. Nuestro cuerpo necesita sanidad periódicamente, pero la parte de nuestro ser que necesita ser sanada cada día es nuestra alma. Nuestra alma es nuestro ser interno, nuestra verdadera persona; Él pastorea y guarda por nuestro bienestar, y guarda por nuestra condición. El Señor Jesús es el Pastor y Guardián de nuestras almas. Cuanto más disfrutamos a este Cristo y cuanto más somos llenos de Él, más es pastoreada nuestra alma. Todos debemos admitir que tenemos gran necesidad de que nuestra alma sea pastoreada.

**“TODOS NOSOTROS NOS DESCARRIAMOS COMO OVEJAS,
CADA CUAL SE APARTÓ POR SU CAMINO; MAS JEHOVÁ CARGÓ
EN ÉL EL PECADO DE TODOS NOSOTROS”**

“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, / cada cual se apartó por su camino; / mas Jehová cargó en Él / el pecado de todos nosotros” (Is. 53:6). Los sufrimientos que Cristo experimentó antes de ser juzgado por Dios a causa de nuestras iniquidades, todos ellos fueron causados por la mano del hombre. Aun antes de ser colgado en la cruz, Cristo ya había sido juzgado de una manera muy desagradable. Él fue angustiado, afligido y juzgado por los hombres; luego fue llevado al matadero y puesto en la cruz en medio de dos transgresores. La crucifixión inició alrededor de las 9:00 a. m., y Él permaneció en la cruz durante seis horas (véase la nota 1 de Mt. 27:45). Durante las tres primeras horas, desde las 9:00 a. m. hasta el mediodía, Él sufrió la persecución de los hombres porque hizo la voluntad de Dios. Durante este tiempo, Cristo fue afligido por el hombre. La gente se burló de Él, le menospreció y le gritó. Sin embargo, todos esos sufrimientos fueron causados por los hombres, porque ellos no estaban de acuerdo con Su enseñanza ni con Su supuesta filosofía. Pero al mediodía todo el escenario cambió, y hubo tinieblas sobre toda la tierra (v. 45). Permaneció en tinieblas por tres horas, desde el mediodía hasta las 3:00 p. m. Fue durante esas tres horas que la iniquidad de todos nosotros fue puesta sobre Cristo.

En Juan 16:32, cuando el Señor iba a ser abandonado por Sus discípulos, Él dijo que no estaba solo, porque el Padre estaba con Él. El Padre estaba con el Señor Jesús todo el tiempo. Cuando Cristo nació, Él fue engendrado por el Espíritu Santo (Mt. 1:18, 20; Lc. 1:35). Fue en ese tiempo que la divinidad se unió a la humanidad y se mezcló con ella. El Hijo fue engendrado del Espíritu Santo como Su esencia misma, y el Espíritu permaneció con Él durante toda Su vida. No obstante, cuando

el Señor Jesús comenzaba Su ministerio, Él experimentó el Espíritu de otra manera; Él fue bautizado y unguido con el Espíritu (Lc. 3:22; 4:1, 14, 18). El Espíritu había estado con Él como Su esencia interiormente; sin embargo, en el momento de Su bautismo, el mismo Espíritu descendió sobre Él y le ungió exteriormente. Él ya tenía en Su interior el Espíritu, el Espíritu que engendra, en el aspecto esencial para Su vivir, y fue revestido del Espíritu, el Espíritu que unge, para que llevara a cabo el mover económico de Dios sobre la tierra. Cristo es el Ungido, el Mesías, quien ha sido comisionado para llevar a cabo la economía eterna de Dios. Como resultado, el Espíritu estaba con Él todo el tiempo, en calidad de Su divinidad, y el Espíritu también estaba sobre Él para que llevara a cabo Su ministerio. Sin embargo, en el momento de la crucifixión de Cristo, durante las segundas tres horas, cuando el pecado de todos nosotros fue puesto sobre Él, el Espíritu que unge lo abandonó. El Espíritu como Su esencia divina permanecía con Él, pero el Espíritu que unge, el cual había estado con Él para Su poder y obra, lo abandonó en el aspecto económico.

**Fue cuando Dios juzgó a Jesús en la cruz
que Dios cargó en Él el pecado de todos nosotros,
haciendo de Jesús, a los ojos de Dios,
el único pecador en ese momento**

Fue cuando Dios juzgó a Jesús en la cruz que Dios cargó en Él el pecado de todos nosotros, haciendo de Jesús, a los ojos de Dios, el único pecador en ese momento (Mt. 27:45-46; Sal. 22:1). Dios lo abandonó en ese momento porque Él era nuestro Sustituto. Hay tres versículos importantes que explican este asunto. Isaías 53:11 dice: “Llevará sobre Sí las iniquidades de ellos”; el versículo 12 dice: “Habiendo Él llevado el pecado de muchos”; y 2 Corintios 5:21 dice: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en Él”. En *Life-study of Isaiah* [Estudio-vida de Isaías] el hermano Lee explica el proceso por el cual Cristo llega a ser una ofrenda por el pecado de la siguiente manera:

Hebreos 9:14 dice que Cristo se ofreció a Dios mediante el Espíritu eterno. Dios es triuno. En el momento en que el Padre le condenó y desamparó, el Espíritu seguía estando en Él. Si el Espíritu eterno no hubiera permanecido con Él, ¿cómo entonces podría Él haberse ofrecido a Sí mismo mediante el Espíritu? No debemos olvidar que en esencia

Dios es uno, pero en Sus actos Él es tres. El hecho de que Él sea un solo Dios en esencia corresponde al aspecto esencial, mientras que el hecho de que en Sus actos Él sea tres corresponde al aspecto económico, con miras a Su economía. Es en términos de la economía de Dios que el Padre condenó y desamparó al Hijo, mientras el Espíritu permaneció con Él sustentándolo y fortaleciéndolo. (pág. 399)

Cuando el Padre desamparó a Cristo en el aspecto económico, el Espíritu vino a fortalecerlo y sustentarlo. Éste es un gran cuadro de la cooperación que hubo entre los tres del Dios Triuno en la crucifixión de Cristo. Siempre ha sido un gran misterio cómo el Padre pudo desamparar a Cristo mientras sufría en la cruz. Gracias al Señor que el ministerio nos aclara esto.

**La muerte de Cristo no era solamente
un homicidio, ni tampoco la muerte de un mártir;
más bien, fue llevada a cabo por Dios mismo
en conformidad con Su ley**

La muerte de Cristo no era solamente un homicidio (Hch. 7:52), ni tampoco la muerte de un mártir; más bien, fue llevada a cabo por Dios mismo en conformidad con Su ley. Ezequiel 18 dice que “el alma que peque, ésa morirá” (vs. 4, 20). Según la ley, quienes pecan deben morir. Si nosotros pecamos, según la ley tenemos que morir. Por ser pecadores e incrédulos, se nos debió haber dado muerte, pero Cristo murió en nuestro lugar como nuestro Sustituto.

**Por tanto, Cristo murió una muerte vicaria
como el Sustituto de los pecadores,
una muerte legítima conforme a la ley de Dios,
la cual fue reconocida y aprobada por Dios según la ley**

Por tanto, Cristo murió una muerte vicaria como el Sustituto de los pecadores (1 P. 3:18), una muerte legítima conforme a la ley de Dios, la cual fue reconocida y aprobada por Dios según la ley. *Life-study of Isaiah* define lo que significa que la muerte de Cristo sea una muerte vicaria: “Esto quiere decir que Él no murió por Sí mismo, sino por nosotros. Él murió en nuestro lugar. La muerte de Cristo no fue la muerte de un mártir, pues fue Dios quien hizo que Cristo muriese en beneficio nuestro (Is. 53:4b). Hemos muerto con Él y en Él. Por tanto, Su muerte fue una muerte vicaria” (págs. 182-183).

La carne del cordero pascual, el cual tipifica al Cristo crucificado, debía asarse al fuego y no debía comerse cruda ni cocida en agua

Ser asada al fuego significa que Cristo sufrió bajo el fuego santo del juicio de Dios

La carne del cordero pascual, el cual tipifica al Cristo crucificado, debía asarse al fuego y no debía comerse cruda ni cocida en agua (Éx. 12:8-9). Ser asada al fuego significa que Cristo sufrió bajo el fuego santo del juicio de Dios (Is. 53:4, 10; Sal. 22:14-15; Jn. 19:28). Aquí el fuego representa la ira santa de Dios ejercida en Su juicio. Cuando Cristo estaba en la cruz, el fuego santo de Dios lo juzgó y lo consumió.

Salmos 22:14-15 describe los sufrimientos que pasó Cristo bajo el juicio de Dios así: “He sido derramado como el agua / y todos mis huesos se descoyuntaron. / Mi corazón fue como cera, / derritiéndose dentro de mí. / Como un tiesto se secó mi vigor / y mi lengua se pegó a mi paladar. / ¡Me has puesto en el polvo de la muerte!”. Juan 19:28 también hace un recuento de los sufrimientos de Cristo mientras se aproximaba el final de Su crucifixión: “Sabido Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliera: Tengo sed”. Él tenía sed porque el fuego santo del juicio de Dios lo estaba quemando.

Comerse cruda significa no creer en la redención de Cristo, sino considerarlo a Él simplemente como un ejemplo de una vida humana digna de ser imitada

Comerse cruda significa no creer en la redención de Cristo, sino considerarlo a Él simplemente como un modelo o ejemplo de una vida humana digna de ser imitada. Los modernistas de hoy consideran que Cristo es meramente un maestro de ética que sufrió por una causa. Aquellos que no creen en la redención efectuada por Cristo, tratan de comerlo “crudo”. Sin embargo, nosotros no somos modernistas; creemos que mientras nuestro Señor estaba en la cruz, Él se estaba asando con fuego, sufriendo el fuego del juicio de Dios por nuestra redención.

Comerse cocida en agua significa considerar Su muerte en la cruz no como la muerte efectuada por la redención, sino como el sufrimiento de la persecución humana con miras al martirio

Comerse cocida en agua significa considerar Su muerte en la cruz no como la muerte efectuada por la redención, sino como el sufrimiento

de la persecución humana con miras al martirio. La muerte de Cristo no es meramente la muerte de un mártir que sufría la persecución de parte del hombre. Él no se sacrificó meramente por Sus enseñanzas. Su muerte nos redimió de nuestros pecados.

Así como la carne del cordero pascual debía comerse para recibir el suministro de vida, nosotros también debemos comer a Cristo para recibirle como nuestro suministro de vida

Así como la carne del cordero pascual debía comerse para recibir el suministro de vida, nosotros también debemos comer a Cristo para recibirle como nuestro suministro de vida (Éx. 12:8-10; Jn. 6:53, 55-57; cfr. Dt. 15:19-20). Cada uno de los cuatro Evangelios hablan de la sangre de Cristo. Sin embargo, el Evangelio de Juan, va más allá al decir que la carne de Cristo se puede comer. En Juan 6:53 el Señor Jesús dijo que debemos comer la carne del Hijo del Hombre y en el versículo 55, Él declaró: “Mi carne es verdadera comida”. La carne aquí representa la vida de Cristo. Luego, en el versículo 57, Él declaró: “Asimismo el que me come, él también vivirá por causa de Mí”. La vida de Cristo se puede comer; es nuestro suministro de vida. La sangre de Cristo redime, y la vida de Cristo suministra.

Deuteronomio 15:19-20 dice: “Consagrarás a Jehová, tu Dios, todo primogénito macho de tus vacas y de tus ovejas. No te servirás del primogénito de tus vacas ni trasquilarás al primogénito de tus ovejas. Delante de Jehová, tu Dios, los comerás cada año, tú y tu familia, en el lugar que Jehová escoja”. Estos versículos dicen que se debían consagrar a Jehová y comer delante de Jehová a los primogénitos machos de las vacas y de las ovejas; los primogénitos no se usaban para trabajar ni para las necesidades personales de la familia, sino que se santificaban para la adoración a Dios. Se trasquilaban las ovejas del rebaño para usar la lana para hacer ropa, y los machos de las vacas se usaban para labrar la tierra. Usar la lana del primogénito para hacer ropa quiere decir que meramente imitamos al Señor en relación con expresarle. Usar al primogénito de las vacas para nuestra obra indica que le pedimos al Señor que labore en beneficio nuestro o que haga alguna cosa por nosotros. En otras palabras, puede ser que sintamos que debemos hacer algo por el Señor; entonces oramos a Él pidiéndole que haga algo por nosotros. Puede ser que oremos a Dios pidiéndole que trate con nuestro cónyuge por algo que haya pasado. Orar al Señor de esta manera es incorrecto.

Los primogénitos machos de las vacas o de las ovejas no se debían usar para laborar ni para obtener su lana; ellos se debían comer. Debemos comer a Cristo y tomarlo como nuestro alimento. Sólo al comer y disfrutar a Cristo podemos expresar a Cristo apropiadamente y llevar a cabo la obra de Dios apropiadamente.

Parece que cuando el Señor dijo: “Yo soy el pan de vida [...] Asimismo el que me come, él también vivirá por causa de Mí” (Jn. 6:35, 57), estaba diciendo: “No esperen que Yo haga algo por ustedes ni que sea su adorno externo. Deben entender que Yo he venido para darles vida y para darla en abundancia. Quiero entrar en ustedes para ser su vida y su todo”.

*A fin de que sea resuelto el problema
de la caída del hombre y se lleve a cabo
la intención original de Dios,
tanto la vida como la redención son necesarias*

A fin de que sea resuelto el problema de la caída del hombre y se lleve a cabo la intención original de Dios, tanto la vida como la redención son necesarias. La salvación efectuada por Dios se compone de dos aspectos: el aspecto de la redención y el aspecto de la salvación.

*La redención jurídica efectuada por Dios
mediante la sangre de Cristo es el procedimiento necesario
para que se logre la meta de Dios,
que consiste en impartir a Cristo como vida en nosotros
para nuestra salvación orgánica*

La redención jurídica efectuada por Dios mediante la sangre de Cristo es el procedimiento necesario para que se logre la meta de Dios, que consiste en impartir a Cristo como vida en nosotros para nuestra salvación orgánica (Ro. 5:10). La redención jurídica efectuada por Dios fue llevada a cabo por la muerte de Cristo en la cruz y al nosotros creer en Cristo y recibirle. La salvación orgánica de Dios se compone de seis pasos y se lleva a cabo totalmente por la vida. Los seis pasos de la salvación orgánica que Dios efectúa son: la regeneración, la santificación en cuanto a nuestra manera de ser, la renovación, la transformación, la conformación y la glorificación. Estos seis pasos se llevan a cabo en nosotros espontáneamente por medio de la vida mientras disfrutamos y experimentamos a Cristo.

**“ANGUSTIADO ÉL, Y AFLIGIDO, NO ABRIÓ SU BOCA;
COMO UN CORDERO FUE LLEVADO AL MATADERO;
COMO UNA OVEJA DELANTE DE SUS TRASQUILADORES, ENMUDECIÓ,
NO ABRIÓ SU BOCA. POR MEDIO DE VIOLENCIA Y DE JUICIO
FUE QUITADO; Y SU GENERACIÓN, ¿QUIÉN LA CONTARÁ?
PORQUE FUE ARRANCADO DE LA TIERRA DE LOS VIVIENTES,
Y POR LA REBELIÓN DE MI PUEBLO FUE HERIDO”**

“Angustiada Él, y afligido, / no abrió Su boca; / como un cordero fue llevado al matadero; / como una oveja delante de sus trasquiladores, / enmudeció, no abrió Su boca. / Por medio de violencia y de juicio fue quitado; / y Su generación, ¿quién la contará? / Porque fue arrancado de la tierra de los vivientes, / y por la rebelión de mi pueblo fue herido” (Is. 53:7-8). El eunuco etíope en Hechos 8 estaba leyendo Isaías cuando Felipe le hizo una pregunta basada en Isaías 53:7-8. Luego Hechos 8:35 dice: “Felipe, abriendo su boca, y comenzando desde esta Escritura, le anunció el evangelio de Jesús”. En Hechos 8 sólo se trajo a un etíope al Señor, pero creo que este hombre regresó a Etiopía, predicó el mismo evangelio que escuchó, y por medio de él, muchos más etíopes fueron salvos. Entre los etíopes hay muchos judíos, y ahora más de ochenta mil de esos etíopes judíos han regresado a Israel. Recientemente, sin embargo, el Señor también ha comenzado el mover de Su recobro en Etiopía. Actualmente hay tres iglesias en Etiopía que cuentan con un total de alrededor de trescientos santos. Creo que la predicación del evangelio a ese solo eunuco etíope llevó fruto que ha permanecido hasta hoy. Alabado sea el Señor por las iglesias locales en Etiopía. Verdaderamente esto es maravilloso.

El Señor fue afligido, y Su aflicción fue mucho más seria que padecer meramente opresión. Él fue perseguido, arrestado, juzgado y llevado; todas estas aflicciones culminaron en Su crucifixión. A nosotros nos correspondía el golpe de la muerte, pero Él fue Aquel que fue arrancado de la tierra de los vivientes, Aquel que fue herido por nuestras transgresiones.

**En Su muerte vicaria por los pecadores, Cristo fue angustiado,
afligido, y como un cordero fue llevado al matadero
y como una oveja fue trasquilado delante
de sus trasquiladores, sin reaccionar**

En Su muerte vicaria por los pecadores, Cristo fue angustiado, afligido, y como un cordero fue llevado al matadero y como una oveja fue trasquilado delante de sus trasquiladores, sin reaccionar (Hch. 8:32;

Mt. 27:12-14). Mateo 27:14 nos muestra que el Señor no respondió, ni siquiera una palabra, ante los principales sacerdotes y los ancianos, Sus acusadores.

Cristo padeció opresión por parte de los hipócritas líderes judíos y después fue juzgado por los injustos funcionarios romanos; por medio de estas dos cosas, Él fue quitado y crucificado

Cristo padeció opresión por parte de los hipócritas líderes judíos (26:57, 59, 65-68) y después fue juzgado por los injustos funcionarios romanos (Lc. 23:1-12; Jn. 18:33-38; 19:1-16); por medio de estas dos cosas, Él fue quitado y crucificado. Los líderes judíos, representados por el sumo sacerdote, los principales sacerdotes, los ancianos, el sanedrín y la multitud completa que estaba delante del sumo sacerdote, incluyendo aquellos que le escarnecían y acusaban, fueron quienes principalmente afligieron al Señor. Ellos lo arrestaron, levantaron falso testimonio en Su contra, le escupieron en la cara, lo abofetearon y le dieron de puñetazos. Toda la multitud lo llevó delante de los funcionarios romanos, incluyendo a Pilato, Herodes y todos los soldados. Entonces Pilato hizo que lo azotaran y lo entregó para que lo crucificaran. Los soldados lo menospreciaron y se burlaron de Él, le pusieron una ropa espléndida, le pusieron una corona de espinas en Su cabeza y lo llevaron para crucificarle. Cristo sufrió todas estas aflicciones injustamente mientras lo llevaban a ser crucificado.

Ninguno de la generación de Cristo entendió que Él fue arrancado de la tierra de los vivientes a causa de las transgresiones del pueblo del profeta, los judíos, a quienes les correspondía ser heridos

Ninguno de la generación de Cristo entendió que Él fue arrancado de la tierra de los vivientes a causa de las transgresiones del pueblo del profeta, los judíos, a quienes les correspondía ser heridos (Isa. 53:8c).

“SE DISPUSO CON LOS IMPÍOS SU SEPULTURA,
MAS CON LOS RICOS FUE EN SU MUERTE.

AUNQUE NUNCA HIZO MALDAD NI HUBO ENGAÑO EN SU BOCA”

Los que crucificaron a Cristo tenían planeado sepultarlo junto con los dos transgresores que murieron a Su lado, personas perversas, pero a la postre Dios en Su soberanía hizo que Cristo fuera sepultado en el sepulcro de un hombre rico

“Se dispuso con los impíos Su sepultura, / mas con los ricos fue en

Su muerte. / Aunque nunca hizo maldad / ni hubo engaño en Su boca” (Is. 53:9). Los que crucificaron a Cristo tenían planeado sepultarlo junto con los dos transgresores, los que estaban en las cruces a ambos lados del Señor Jesús, personas perversas (Lc. 23:32-33), pero a la postre Dios en Su soberanía hizo que Cristo fuera sepultado en el sepulcro de un hombre rico (Mt. 27:57-60). José de Arimatea y Nicodemo lo tomaron para sepultarlo en el sepulcro de un rico. Ellos tomaron el cuerpo de Jesús, lo envolvieron en un lienzo de lino fino, lo prepararon para la sepultura y lo pusieron en el sepulcro.

La palabra hebrea traducida “muerte” en Isaías 53:9 está en plural, *muertes*, lo cual denota “una muerte violenta, cuyo dolor hace que sea como morir una y otra vez”

La palabra hebrea traducida “muerte” en Isaías 53:9 está en plural, *muertes*, lo cual denota “una muerte violenta, cuyo dolor hace que sea como morir una y otra vez” (Keil y Delitzsch). Cristo no había hecho uso de la violencia ni hubo engaño en Su boca, mas todavía las personas lo trataron cruelmente. Este versículo revela que Cristo no tenía pecado y que Su muerte no fue por Sus propios pecados. Pero Dios, en Su soberanía, vino a llevar a cabo la justicia. Después que Cristo murió y se completó el juicio de Dios, inmediatamente Dios lo apartó de cualquier sufrimiento y lo puso en la tumba de un rico.

“JEHOVÁ QUISO APLASTARLO, SUJETÁNDOLO A PADECIMIENTO.
CUANDO ÉL SE ENTREGUE COMO OFRENDA
POR EL PECADO [HEB.]”

“Jehová quiso aplastarlo, / sujetándolo a padecimiento. / Cuando Él se entregue como ofrenda por el pecado” [heb.] (v. 10a). Por un lado, Dios estaba complacido al aplastarlo y sujetarlo a padecimiento; por otro, Él se entregó, se dio voluntariamente, como ofrenda por el pecado por todas nuestras ofensas y pecados. Esta ofrenda no era una de las ofrendas por el pecado, sino una ofrenda por causa del pecado. Ésta fue la ofrenda de parte de Dios por nosotros y por el pecado. Dios estaba complacido porque Cristo, en Su muerte vicaria, era nuestro Sustituto por todos los pecadores.

¿Quién hizo que Jesús sufriera la crucifixión? El versículo 10 dice claramente que Jehová se complació en aplastarlo; sin embargo, el mismo versículo dice que Cristo se entregó como ofrenda por el pecado.

El Señor y el Padre cooperaron juntos para llevar a cabo la economía divina por medio de la crucifixión.

**Debido a que Cristo fue aplastado por nuestras iniquidades,
Satanás puede ser aplastado bajo nuestros pies,
y debido a que fue sujetado a padecimiento,
nosotros podemos ser llenos de Su gozo**

Debido a que Cristo fue aplastado por nuestras iniquidades, Satanás puede ser aplastado bajo nuestros pies (Ro. 16:20), y debido a que fue sujetado a padecimiento, nosotros podemos ser llenos de Su gozo (Jn. 16:20-22).

**Cristo llevó nuestro pecado en su totalidad,
al morir en la cruz como la realidad de la ofrenda
por el pecado y la ofrenda por la transgresión**

Cristo llevó nuestro pecado en su totalidad, al morir en la cruz como la realidad de la ofrenda por el pecado y la ofrenda por la transgresión (1:29; cfr. He. 10:5-10; 1 Jn. 1:7-9; Lv. 4—5). Esto significa que Cristo cargó todos nuestros pecados, errores, maldades, iniquidades, delitos, ofensas y transgresiones.

**La sangre preciosa de Cristo derramada para el perdón
de nuestros pecados es también la sangre del pacto;
debido a la sangre de Jesús, nosotros podemos entrar
confiadamente al Lugar Santísimo donde podemos disfrutar
a Dios, contemplar Su hermosura y recibir Su infusión**

La sangre preciosa de Cristo derramada para el perdón de nuestros pecados es también la sangre del pacto; debido a la sangre de Jesús, nosotros podemos entrar confiadamente al Lugar Santísimo donde podemos disfrutar a Dios, contemplar Su hermosura y recibir Su infusión (Mt. 26:28; He. 10:19-20; cfr. Lv. 16:11-16; Sal. 27:4).

**Cristo entró en las aguas de la muerte, fue herido por nosotros
y por nuestras transgresiones, y segrega Su vida
en nuestro ser para hacernos perlas preciosas útiles
para la edificación de la expresión eterna de Dios**

Cristo entró en las aguas de la muerte, fue herido por nosotros y por nuestras transgresiones, y segrega Su vida en nuestro ser para hacernos perlas preciosas útiles para la edificación de la expresión eterna de Dios

(Is. 53:5; Ap. 21:21; Jn. 19:34). El sufrimiento de la muerte de Cristo y su resultado pueden ser tipificados por una ostra. La ostra, que representa a Cristo, vive en las aguas de la muerte. Cristo como un hombre en la tierra residió en las “aguas de la muerte”. La humanidad puede ser tipificada por un grano de arena que entra en la ostra y hiere la ostra, causando que ésta secrete su jugo vital alrededor del grano de arena. Cuando nosotros, como el grano de arena, entramos en Cristo, le herimos; Cristo fue herido por nuestros pecados y por lo que somos, pero Él secretó Su jugo vital sobre nosotros y Él se hizo nuestro hogar. El elemento de la ostra gradualmente transforma la arena (nosotros) en una perla preciosa. Mientras vivimos en Él, Él está haciendo de nosotros una perla, la cual viene a ser parte de la Nueva Jerusalén. Nosotros, las perlas, servimos para la edificación de la habitación de Dios, la Nueva Jerusalén. Alabado sea el Señor por las doce puertas de perlas de la Nueva Jerusalén, donde cada puerta es respectivamente una perla. El hermano Lee dice que “tenemos que darnos cuenta de que aunque cada puerta es una sola perla, esta perla es colectivamente singular. Es una pieza de perla colectiva, no es solamente usted solo. Es un grupo de creyentes” (*La economía neotestamentaria de Dios*, pág. 370). Por medio de la crucifixión de Cristo, todos nosotros hemos venido a formar parte de las puertas de la Nueva Jerusalén para Su expresión eterna.

**“DERRAMÓ SU VIDA HASTA LA MUERTE, Y FUE CONTADO
CON LOS PECADORES, HABIENDO ÉL LLEVADO EL PECADO
DE MUCHOS E INTERCEDIDO [HEB.] POR LOS TRANSGRESORES”**

**El hombre, Dios y Cristo tuvieron, todos ellos,
parte en la crucifixión de Cristo; el hombre fue
quien cometió el homicidio, quien mató a Cristo,
pero fue Dios quien llevó a cabo el juicio legal
para que Cristo fuese muerto como Sustituto legítimo
a fin de que muriese una muerte vicaria por los pecadores**

“Derramó Su vida hasta la muerte, / y fue contado con los pecadores, / habiendo Él llevado el pecado de muchos / e intercedido [heb.] por los transgresores” (Is. 53:12b). El hombre, Dios y Cristo tuvieron, todos ellos, parte en la crucifixión de Cristo; el hombre fue quien cometió el homicidio, quien mató a Cristo (Hch. 7:52), pero fue Dios quien llevó a cabo el juicio legal para que Cristo fuese muerto como Sustituto legítimo a fin de que muriese una muerte vicaria por los pecadores (Is. 53:6b, 10a).

**Más aún, Cristo mismo estuvo dispuesto a ser tal ofrenda;
Él se entregó a Sí mismo como ofrenda,
y derramó Su vida para tal propósito**

Más aún, Cristo mismo estuvo dispuesto a ser tal ofrenda; Él se entregó a Sí mismo como ofrenda (v. 10b), y derramó Su vida para tal propósito (Jn. 10:17-18; He. 9:14). En *Life-study of Isaiah* el hermano Lee dice:

Cristo derramó Su vida humana a fin de ser una ofrenda. Toda ofrenda, si es un sacrificio, tiene que ser muerta y su sangre tiene que ser derramada. Ningún sacrificio que todavía esté vivo puede ser una ofrenda para Dios. Todo sacrificio tiene que haber sido muerto y su sangre tiene que haber sido derramada. Sólo entonces puede ser una ofrenda aceptable para Dios. En Su muerte, Cristo derramó Su vida de tal modo. (págs. 399-400)

Mientras que Isaías 53:10 dice que Dios quiso que Cristo muriera haciendo que Su alma fuese una ofrenda por el pecado, el versículo 12 dice que Él “derramó Su vida hasta la muerte”. Si únicamente Cristo hubiera decidido morir en la cruz y Dios no lo hubiera aceptado como ofrenda por el pecado, la muerte de Cristo no hubiera podido ser una muerte vicaria a favor nuestro, simplemente habría sido la muerte de un mártir. Asimismo, si únicamente Dios hubiera querido hacerlo morir y Él no hubiera estado dispuesto a morir, Su muerte tampoco habría sido una muerte vicaria. La muerte vicaria de Cristo depende tanto de que Dios quiso hacerlo morir como de que Cristo estuvo dispuesto a morir de ese modo. Más aún, si Cristo hubiera pecado, Su muerte no podría ser considerada una muerte vicaria, Él habría tenido que morir por causa de Sí mismo y no podría haber muerto en nuestro lugar. (págs. 184-185)

La muerte de Cristo no fue meramente un homicidio, ni tampoco la muerte de un mártir; más bien, fue la obra de redención llevada a cabo por Aquel que era el Sustituto del pueblo escogido de Dios. Fue Cristo quien llevó nuestro pecado en su totalidad delante de Dios. Mediante tal muerte nosotros fuimos redimidos, perdonados de nuestros pecados, justificados e, incluso, reconciliados con Dios. Tal

redención nos introduce en una unión de vida en la resurrección de Cristo, y la realidad de esa resurrección es el propio Cristo como Espíritu vivificante. (pág. 401)

Lo escrito por Isaías en este capítulo presenta una clara defensa en el tribunal celestial, testificando que Dios quiso que Cristo muriera, que Cristo estuvo dispuesto a morir por los demás y que Él estaba completamente exento de todo pecado (v. 9). Por tanto, Su muerte fue verdaderamente una muerte vicaria. (pág. 185)

**Cuando Cristo fue crucificado en la cruz,
Él fue contado con los pecadores
e intercedió por los transgresores**

Él intercedió por ellos, con respecto a la maldad de los transgresores, el resultado de su ignorancia, una transgresión que Él le pidió a Dios que perdonara

Cuando Cristo fue crucificado en la cruz, Él fue contado con los pecadores e intercedió por los transgresores (Lc. 23:32-34a; cfr. He. 7:25). Él intercedió por ellos, con respecto a la maldad de los transgresores, el resultado de su ignorancia, una transgresión que Él le pidió a Dios que perdonara. Cristo oró por todos Sus transgresores, diciendo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23:34a). Él no sólo oró por los dos criminales que estaban colgados a Su lado en la cruz, sino por todos aquellos que le rodeaban cerca de la cruz y por todos los involucrados en Su crucifixión. ¡Él oró por la multitud, por el que representaba al gobierno romano y por todos nosotros directamente! Hoy todos los que han sido redimidos por Cristo, pueden atribuirle su salvación a la oración que hizo el Señor por nosotros, Sus transgresores. El Señor oró por nosotros mientras estaba en la cruz y, en su tiempo, cada uno de nosotros le recibimos como nuestro Salvador.

Esteban oró por sus perseguidores del mismo modo que su Señor, a quien él amó y vivió, había orado por quienes le persiguieron

Esteban oró por sus perseguidores del mismo modo que su Señor, a quien él amó y vivió, había orado por quienes le persiguieron (Hch. 7:60). Mientras apedreaban a Esteban, él se arrojó y clamó a gran voz: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado” (v. 60). Creo que el cambio reciente en algunos quienes anteriormente transgredieron en

contra del recobro del Señor se ha debido a nuestras oraciones. Hemos orado muchas veces por los que nos persiguen, y necesitamos continuar orando por ellos. Debemos orar por todos aquellos que se oponen al recobro del Señor. Así como Cristo oró por los que le perseguían y como Esteban oró por los que le perseguían, nosotros también debemos orar por aquellos que nos persiguen.—B. P.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE ISAÍAS

(2)

El Cristo todo-inclusivo en Sus cuatro etapas según la economía neotestamentaria de Dios

(3)

**En las etapas de Su resurrección y ascensión
(Mensaje 7)**

Lectura bíblica: Is. 53:10c-12a; 1 Co. 15:45; Col. 1:18; Hch. 13:33; Jn. 12:24; Ef. 4:8-12; 2 Co. 5:17; Gá. 6:15

- I. Isaías 53 habla del Cristo todo-inclusivo en la etapa de Su resurrección—vs. 10c-11b:
 - A. La descendencia y el fruto mencionados en Isaías 53:10c-11b implican muchos asuntos, que son todo lo producido en la resurrección de Cristo según se revela en el Nuevo Testamento:
 1. En Su resurrección, como el Cristo procesado, el postrer Adán fue hecho Espíritu vivificante—1 Co. 15:45; 2 Co. 3:17.
 2. En Su resurrección Cristo, como Aquel que es preeminente, Aquel que ocupa el primer lugar en todas las cosas, llegó a ser el Primogénito de entre los muertos y la Cabeza del Cuerpo—Col. 1:18; Ap. 1:5a.
 3. En Su resurrección Cristo, como el Dios-hombre, fue engendrado de Dios en Su humanidad para llegar a ser el Hijo primogénito de Dios—Hch. 13:33; Ro. 1:3-4; 8:29.
 4. En Su resurrección Cristo, como la vida de resurrección, regeneró a todos Sus creyentes—1 P. 1:3.
 5. En Su resurrección Cristo, como el único grano de trigo, produjo muchos granos; los muchos granos como el aumento de Cristo son los componentes del único pan, que es la iglesia, el Cuerpo de Cristo—Jn. 12:24; 1 Co. 10:17; Ef. 1:22-23.
 - B. Mediante Su muerte que liberó la vida y con Su resurrección que impartió dicha vida, Cristo produjo una descendencia